

# LITERATURA

## JORGE MANRIQUE Y LA POÉTICA TEMPORAL

Situamos a Jorge Manrique, (1) comendador de Montizón, en una encrucijada ideológica en la que se mezcla lo medieval y renacentista. El soldado de Paredes de Nava llevaba muy dentro la fugacidad de la vida. Sin duda, el verso de Berceo estaba dentro de él: “yendo de romería”. La idea de que la vida es una romería es tan vieja como la misma muerte. La Edad Media repite con una obsesión, tan impresionante como pesimista, la imagen del cuerpo que se corrompe, del señorío que se abate, de la belleza que se desvanece. Hay una especie de Fr. Luis de Granada gritando desde un siglo más tarde las ideas nigromantes de esta época. O un Bosco, dejando en los lienzos esqueletos y restos sarcásticos de muerte. Lo mismo que las coplas de la “Danza de la muerte”, que Jorge Manrique leería en algún códice de la corte de Castilla. La figura poética, la más relevante de Enrique IV, no podía salvarse, en un principio, de estas ideas. En el siglo XV, parafraseando a Huizinga, no era todavía costumbre y casi diríamos que pecaba contra el buen tono, loar en voz alta la vida y el mundo.

Sin embargo, hay en Manrique un vivo contraste con estas ideas. Es cierto que respira el mismo aire ambiental, pero lo respira de otra manera. Manrique no expone en sus coplas la fugacidad de la vida y la llegada de la muerte con la crudeza violenta y sarcástica, macabra y burlesca de los anteriores y algunos contemporáneos. Manrique tiene equilibrio y serenidad cristinas. También el Marqués de Santillana y su tío Gómez Manrique y tantos otros llevaban en su sangre la dura espina del Ubi sunt; pero no lo expresaron con el mismo gesto de serenidad manriqueña.

A primera vista, tendemos a encasillar estos autores medievales con la etiqueta de miopía de los valores terrenales, en un Platonismo extremado y pesimista del cuerpo como cárcel y sombra. Y no hay que olvidar que las ideas y pensamientos de una época hay que mirarlas en su existir histórico, como advierte Javier Zubiri. De otro modo perderían su verdadero valor. Además llama la atención un hecho muy común entre los autores medievales. Hay una serie de autores que cuando han terminado de escribir sus versos frívolos, satíricos, cortesanos, se dedican a las composiciones serias, trascendentes. Piénsese en el Manrique fanfarrón, el de las letrillas amorosas, satíricas, frívolas. Aunque en estas mismas letrillas amorosas ronda el tema de la muerte. Por eso hay que pensar que estos autores llevan primero su vida corriente, y después son alcanzados por el fervor religioso de la época: fervor de desprecio al siglo y a sus poemas. Mas, de repente, encontramos en nuestro

poeta una “aurora renacentista” como si se sintiera la luz de otra ideología, enterrada bajo las lágrimas, cuando se lee

Non se vos haga tan amarga  
la batalla temerosa  
quésperáys,  
pues otra vida más larga  
de la fama gloriosa  
acá dexáys,... (2)



GEORGIUS MANRIQUE  
TOLETANUS

Es extraño, porque en el Manrique de las coplas queda algo del Manrique de las batallas, y él tiene derecho a prepararse un camino de gloria. Tan vez no sea esta una explicación muy acertada, pero el ansia de fama es bien clara y de ahí proceden las exaltaciones personales en las biografías cortas: la del Maestre don Rodrigo, que otros llaman “Elegía o Coplas”; pero que en cualquier caso, puede llamarse “pequeña biografía de datos personales de conciencia”. De la misma forma se expresa Pérez de Guzmán, señor de Batres, sobrino del Canciller Ayala y tío del Marqués de Santillana al relatarnos que la buena fama, cuanto al mundo, es el verdadero premio de los que virtuosamente por ella trabajan.